

CULTIVAR

la interioridad *en la escuela*

Lluís Ylla

La escuela siempre se ha ocupado del mundo interior. Educar (*exducere*) es ayudar a aflorar lo que vive en el interior del alumno y a elaborar lo que recibe del exterior a través de los sentidos. Si no hiciera eso no sería escuela. Recordamos a aquellos grandes docentes que, de una forma natural, nos ayudaron a extraer mucho de nosotros y nos ayudaron a plantearnos la vida con profundidad. Ensacharon nuestro mundo interior. La interioridad, el mundo interior, es aquel ámbito en el que viven nuestros sentimientos, sensaciones, emociones, pensamientos... Ahí habitan nuestros recuerdos, nuestras fantasías, nuestras intuiciones, ahí moran nuestras soledades y arraigan nuestras decisiones.

Desde hace unos años esa atención al mundo interior se ha hecho más explícita. Nos hemos puesto a hablar de «la interioridad». Razones culturales, modas, corrientes sociales han contribuido a este interés. También la conciencia del valor que tiene todo lo relativo al mundo interior para el propio aprendizaje y para el desarrollo integral de la persona. Y, finalmente, por la necesidad de atender a una dimensión que, mucho más que en épocas anteriores, puede quedar ahogada por numerosos ruidos y reclamos del mundo exterior y aún del propio interior. Somos interioridad

que interacciona con lo exterior. Pero cuando hablamos de mundo interior no hablamos de espacios intimistas, de repliegues sobre sí mismo. Cuanto más vamos al fondo de nosotros mismos, más nos abrimos a los demás desde una mayor profundidad en vez de hacerlo desde la superficialidad.

Hay numerosas iniciativas que pretenden atender esta dimensión en la escuela. Se va extendiendo el *mindfulness*, el yoga, la educación de la inteligencia emocional, etc. Hablar de interioridad, sin embargo, nos ayuda a integrar iniciativas como las anteriores con otras disciplinas psicológicas y educativas y, en nuestro caso, con una tradición pedagógica que, desde su origen, tuvo una gran sensibilidad por esta dimensión interior. De San Ignacio de Loyola procede una pedagogía de la memoria, de la imaginación, del cuerpo, del sentir, además de la reflexión. Pero en San Ignacio encontramos la interioridad unida a la espiritualidad, es decir, una interioridad que desarrolla un proyecto de vida y de sentido.

Una pedagogía de la interioridad es más que una técnica, es una forma de enseñar que nos ayuda a preguntarnos cómo hacemos lo que hacemos y a dar mayor profundidad, mayor conciencia, a nuestras acciones. Así pues, dicha pedagogía cuestiona a las ciencias técnicas, a las sociales... a la pastoral. ¿Podemos dar mayor profundidad y significación a aquello que hacemos? (una exposición, una lectura, un gesto, un rito...). ¿Cuidamos suficientemente los pequeños detalles? ¿Cómo empezamos una clase, cómo preguntamos, cómo...?



Cada alumno que tenemos ante nosotros es algo más que una persona con capacidad racional para procesar información o para ejercitar la memoria y la voluntad. Constituye un mundo interior con sus sentimientos, sensaciones, emociones... que tenemos delante de nosotros. Todas estas dimensiones y aspectos del mundo interior interesan a la pedagogía y deben ser objeto de atención por parte de los docentes.

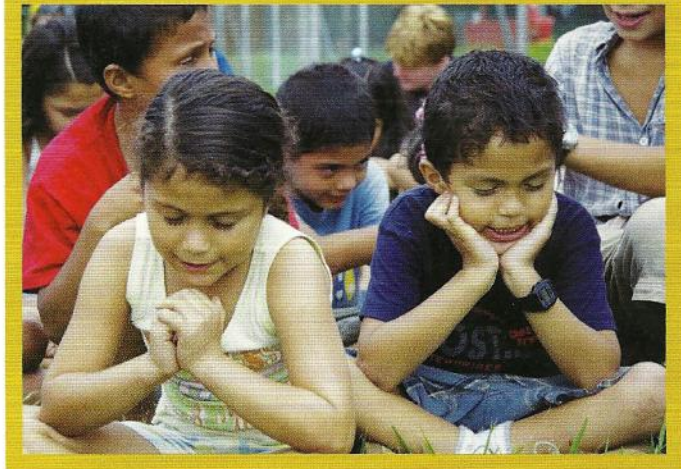
No es tarea fácil. Pero no es una tarea más. No se trata de que el docente «haga más cosas», sino que atienda a esa pluralidad de ámbitos que es cada alumno. Si yo mismo tomo conciencia dentro de mí, puede que me plantee con más hondura cómo hago lo que hago, cuál es mi forma y estilo de actuar, si ayuda al clima de atención y a lo profundo que pasa en el aula. Es posible que así dé importancia a cómo empiezo la clase (un momento de silencio, una lectura tranquila, una frase...), a cómo hago una pausa, a cómo pregunto, a cómo invito a observar unas imágenes, a cómo concluyo una exposición con una repetición silenciosa. Si se introduce esta experiencia, sobre todo si se trabaja en equipo, se da una cuenta de cómo a esta pedagogía de la interioridad se le ofrecen multitud de ocasiones y en cualquier materia. Esta atención a cómo hago lo ordinario de mi tarea docente, ayudado a veces con pequeños recursos (momentos de silencio, música, ejercicios psicocorporales, etc.), contribuye a la atención, al clima de aprendizaje, a hacer y hacerse preguntas, a tener mayor calma interior.

Una pedagogía atenta a la dimensión interior no sustituye a otra actividad, no es una materia nueva. En nuestra tradición ignaciana se enmarca en el estilo y la forma de hacer, en el *aprender a gustar y sentir las cosas internamente*.

A los docentes esta práctica nos exige ejercerla, descubrir las habilidades y los modos que tengo de acercarme a mi mundo interior, a formarme, pues sólo viviendo desde dentro podemos enseñar a los alumnos a introducirse en su propio mundo interior y ensancharlo.

En *Jesuïtes Educació* hemos desarrollado desde hace más de cinco años una reflexión y trabajo sobre esa sensibilidad actual hacia lo interior y cómo puede concretarse en la vida de los centros. A través de seminarios y de talleres de formación hemos vislumbrado que es posible avanzar y lograr que la actividad ordinaria de la escuela esté impregnada de esa sensibilidad al mundo interior. Creemos que la vida ordinaria de un centro, la que se desarrolla dentro de sus apretadas jornadas, es el espacio primero para desarrollar una pedagogía que ayude a desarrollar el mundo interior.

Los momentos cotidianos de la escuela reciben un gran apoyo si podemos complementarlos con algunos extraordinarios, con ocasión de una tutoría, de unas convivencias, un retiro, etc. Son momentos para hacer ejercicios más intensos que inicien o refuercen el trabajo de la interioridad. *Jesuïtes Educació* junto con la *Cova de Manresa* hemos impulsado el Proyecto de Interioridad en la Educación en el Casal Luis Espinal de Manresa tanto para alumnos (principalmente de educación secundaria) como para educadores.



A las etapas iniciales deberán seguir nuevas etapas de mayor difusión de dicho proyecto en los claustros, con las familias, de ofertas formativas, de sistematización de experiencias siguiendo una estrategia suave, para que dicha forma de hacer se convierta en algo propio. La incorporación del trabajo por competencias a partir de siete *focos competenciales*, uno de los cuales hemos querido que sea la interioridad, ayudará al desarrollo de una pedagogía que fomenta y cuida el mundo interior. Hablamos, pues, de una pedagogía de la interioridad porque sus técnicas o metodologías se suman al proceso pedagógico escolar y evolucionan finalmente hacia una cultura del centro. ■